

Joaquín Estefanía

ABUELO, ¿CÓMO HABÉIS CONSENTIDO ESTO?

Los graves errores que
nos han llevado a la era Trump



JOAQUÍN ESTEFANÍA

ABUELO, ¿CÓMO HABÉIS CONSENTIDO ESTO?

*Los graves errores que nos han llevado
a la era Trump*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Joaquín Estefanía Moreira, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: marzo de 2017

Depósito legal: B. 2.651-2017

ISBN: 978-84-08-16765-5

Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.

Impresión: Black Print

Printed in Spain – Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

Índice

Prólogo para nietos. Como flores en la basura	11
---	----

PARTE PRIMERA

LA BRECHA GENERACIONAL

1. ¿Van a vivir los hijos peor que los padres?	55
2. ¿Cuáles son los demás grupos perjudicados?	77
3. ¿Qué ha sido de aquel proyecto de Europa?	83
4. ¿Quiénes han sido los principales responsables?	101
5. ¿Quiénes mandan más en el siglo XXI?	107

PARTE SEGUNDA

LAS TRAMPAS DEL SISTEMA

6. Cuando la democracia y el capitalismo no son capaces de convivir	119
7. En el extremo, ¿qué sobreviviría, la democracia o el capitalismo?	125

8. La teoría de los silencios sociales y otras artimañas	135
9. Conservadores y progresistas han aplicado las mismas políticas	145
10. ¿Queremos volver al pasado?	155

PARTE TERCERA
LA RESTAURACIÓN CONSERVADORA

11. ¿Por qué esta vez es diferente?	165
12. ¿Qué distingue a las crisis mayores de las crisis cíclicas?	175
13. Había muchos avisos, pero no se tuvieron en cuenta	193
14. Analogías y diferencias entre la Gran Depresión y la Gran Recesión	205
15. ¿No existen distintos modos de ser austero?	223

PARTE CUARTA
LA GLOBALIZACIÓN,
LO JUSTO ES MALO Y LO MALO ES JUSTO

16. ¿Qué ha sido de la globalización?	233
17. ¿Quién decide entre las políticas nacionales y las globalizadoras?	239
18. ¿Por qué se detuvieron las globalizaciones anteriores?	249
19. ¿Existe alguna fórmula para gobernar la globalización?	259
20. Abuelos, padres y nietos	269
Epílogo. El muro que hay que derribar	287
<i>Bibliografía</i>	315

1

¿Van a vivir los hijos peor que los padres?

Accidente o tendencia

«Debemos dar a nuestros hijos más de lo que recibimos nosotros», dice Jed Bartlet, el presidente de Estados Unidos en la mítica serie de televisión *El Ala Oeste de la Casa Blanca*, expresando así su idea del progreso. No ha ocurrido así en los últimos años. Al menos desde que comenzó la crisis económica a mitad del año 2007, el ascensor social ha dejado de funcionar para los jóvenes.

Un día de principios de octubre de 2016, el principal titular del diario británico *The Independent* rezaba del siguiente modo: «Los niños de la “era Thatcher” [1979-1990] tienen la mitad de la riqueza que la generación anterior». La información se basaba en un estudio del Instituto de Estudios Fiscales. Las cifras que aportaba correspondían a la sociedad británica, pero la tendencia puede extrapolarse a la mayor parte de Europa, incluyendo a España. El primer sumario de la información era más expresivo aún: «Las personas nacidas en la

década de los ochenta [los *millennials*] son la primera generación desde la posguerra que llega a sus treinta años con ingresos menores que los nacidos en la década anterior». Esta marcha atrás es propia de las generaciones más jóvenes, aunque no solo de ellas. Amplios sectores sociales sienten que muchas de las vigas centrales en las que se apoyaban sus vidas se han llenado de grietas: el empleo estable desaparece, los ingresos de toda una vida trabajando ya no están afianzados y quizá no puedan cobrar sus pensiones públicas o privadas, los pequeños negocios familiares corren el riesgo de quebrar, el valor de las casas cayó, las cualificaciones profesionales para las que tanto estudiaron caducan... Conclusión: se ha reducido la seguridad vital respecto a sus antecesores, la creencia de que las siguientes generaciones vivirán mejor que las actuales se ha puesto en cuestión. El caso de Gran Bretaña es escalofriante: en el momento en que llegan a sus treinta y pocos años, los nacidos en los ochenta, a la misma edad que los primeros, poseen aproximadamente la mitad de la riqueza que la que tenían los nacidos una década antes.

Estas tendencias se concretaron poco después en España. Según el Banco de España, los ingresos de los españoles de menor edad descendieron casi una cuarta parte (un 22,5 por ciento) en algunos de los años más duros de la crisis (2011 a 2014), mientras que los de los jubilados aumentaron un 11,3 por ciento. En relación con el patrimonio (viviendas, propiedades financieras o negocios), también los hogares más jóvenes (y los más pobres) fueron los más perjudicados, frente a los que tienen una edad de entre 65 y 74 años, y los más ricos.

Ello significa que el futuro ya está aquí. Se lleva casi una década —los años de las dificultades económicas— repitiendo como papagayos que, en Europa, la zona más afectada por ellas, los hijos vivirán peor que sus antecesores, sin pararse a reflexionar suficientemente qué significa eso. Lo dicen mayoritariamente los ciudadanos en las encuestas, pero se ha hecho poco para corregir una tendencia de largo plazo. A partir de ahora no se trata ya solo de sondeos: también hay datos. Lo de la «década perdida» no es solo una metáfora que los españoles han copiado de sus hermanos latinoamericanos de los años ochenta del siglo pasado. Las marchas atrás en el bienestar deberían ser anomalías históricas, aunque desgraciadamente sean más frecuentes de lo que se desearía (causadas por los conflictos bélicos o económicos, las hambrunas, los accidentes naturales, las políticas equivocadas: lo que se denomina genéricamente «crisis»). En esta ocasión deberán pasar unos años más para corroborar si lo ocurrido entre dos generaciones consecutivas (la nuestra y la de nuestros hijos) es también otra anomalía histórica o algo más grave: que nuestros nietos también vivan peor que sus padres o que nosotros.

¿Accidente o tendencia? El historiador Niall Ferguson considera que «el mayor desafío que afrontan las democracias maduras es el de restaurar el contrato social entre generaciones». La Organización Internacional del Trabajo (OIT) ha advertido que el principal peligro de nuestros días es que se detenga, o se haga más lenta, la creación de empleo entre los jóvenes —que se destruyan más puestos de trabajo de los que se generan—, «cosa que sucederá si no se introducen importantes cambios en las políticas». Esta percepción de que se

evapora una cierta invulnerabilidad colectiva alcanza a capas sociales muy distintas, pero especialmente a los jóvenes, que empiezan a ver la globalización como una amenaza incontrolable para sus vidas. La impresión de esta realidad perturba más, incluso, que los propios datos, a menudo contradictorios.

Cómo no acordarnos, cuando se habla de los nietos, del más grande e influyente economista del siglo xx, John Maynard Keynes, al que ya se ha citado en el prólogo. En el año 1930 Keynes acudió a Madrid; llegaba invitado por el Comité Hispano-Inglés que presidía el duque de Alba, ministro de Instrucción Pública en el gobierno Berenguer. Iba a dar una conferencia en la madrileña Residencia de Estudiantes, que tituló «Las posibilidades económicas de nuestros nietos». Hacía tan solo unos meses que había estallado el *crash del veintinueve* en la Bolsa de Nueva York, pero la velocidad de contagio al resto del mundo era mucho menor que en nuestros días: la globalización sufría un fuerte retroceso desde el estallido de la Primera Guerra Mundial en el año 1914 (las guerras excitan el nacionalismo). Keynes no acierta con sus previsiones en ese momento. Entiende que el mundo padece «un fuerte ataque de pesimismo económico»; entonces —como hoy— era muy corriente escuchar la afirmación de que la época de enorme progreso que había caracterizado buena parte del siglo xix había pasado para siempre, que la mejora del nivel de vida estaba haciéndose más lenta, que una caída de la prosperidad era más verosímil que una mejora en la década de los años treinta. «Creo —dice Keynes— que esta es una interpretación extraordinariamente equivocada de lo que está sucediendo. Estamos sufriendo no el

reumatismo de la vejez, sino los dolores crecientes que acompañan a los cambios excesivamente rápidos, el dolor del reajuste de un periodo económico a otro». Según nuestro economista, no había que sobreestimar la importancia del problema económico ni sacrificar a sus supuestas necesidades otras cuestiones de mayor significado y permanencia. La economía debía ser una cuestión reservada a los técnicos, como sucede con otras especialidades. Y aquí pronuncia Keynes una de sus frases más celebradas y fantásticas sobre la necesaria humildad del economista: «¡Sería estupendo que los economistas lograran que se los considerase como personas modestas y competentes como los odontólogos!».

Menos de seis meses después de su conferencia en Madrid, Keynes escribe dos artículos sobre la Gran Depresión, que entonces ya había empezado a manifestar su metástasis desde Nueva York al resto del mundo. En ellos sostiene lo contrario de lo que había leído en la conferencia de Madrid: que el mundo (y él, como hemos visto) ha tardado en percatarse de que en el inicio de los años treinta está viviendo a la sombra de una de las mayores catástrofes económicas de la historia moderna. Pero ahora, cuando el hombre de la calle se empieza a dar cuenta de lo que sucede en su vida cotidiana, sin conocer el cómo y el porqué, se siente abrumado por unos temores exagerados; en cambio, cuando comenzaron a aparecer los motivos de preocupación, no experimentó lo que hubiera sido una desazón razonable. Y termina: «[Ese hombre de la calle] empieza a dudar del futuro. ¿Se está despertando ahora de un sueño agradable para afrontar las tinieblas de la realidad o se está durmiendo con una pesadilla

que pasará? [...] Nos hemos metido nosotros mismos en un desorden colosal, fallando en el control de un mecanismo delicado cuyo fundamento no comprendemos». A Keynes no le importaba rectificar cuando se había equivocado, no como tantos economistas que prefieren mantener su orgullo a dar su brazo a torcer. Lo demostró muchas veces en su vida.

Es importante que se conozca el *cómo* y el *porqué* de las cosas, de los acontecimientos, para no permanecer en la penumbra y no ser objeto de engaño, como tan frecuentemente ha sucedido durante esta crisis. Los años previos a la Gran Depresión habían sido fértiles en violencia social: en los tres países más importantes del mundo occidental (Estados Unidos, Gran Bretaña y Alemania), diez millones de personas habían ingresado en el ejército de reserva del paro. Muchos entonces, muy pocos comparados con la actualidad.

Keynes se pregunta en varias ocasiones qué nivel de vida económica se podría esperar razonablemente dentro de un siglo: ¿cuáles son las posibilidades económicas de nuestros nietos? Ello dependería al menos de cuatro variables: el poder para controlar el crecimiento de la población, las decisiones políticas para evitar las guerras (físicas o comerciales) entre países y las guerras civiles dentro de un mismo país, el deseo de confiar a la ciencia la dirección de aquellas materias que le son propias y la tasa de acumulación fijada por la diferencia entre lo que se produce y lo que se consume, que depende sobre todo de las tres primeras variables.

La población ha crecido desde entonces exponencialmente: de 2.000 millones de personas a más de 7.000 millones. Hubo otra guerra mundial (la Segunda), la posterior guerra

fría, y multitud de conflictos locales y regionales, por lo que los pronósticos keynesianos quedan desdibujados. Keynes había dicho: «Llego a la conclusión de que, suponiendo que no se produzcan guerras importantes ni grandes incrementos de la población, el *problema económico* puede resolverse o por lo menos tener expectativas de solución dentro de cien años. Ello significa que el problema económico no es —si miramos hacia del futuro— *el problema permanente del género humano*». Resuelto el problema económico, el hombre se enfrentaría con sus problemas reales por primera vez desde su creación: cómo utilizar su libertad, cómo ocupar el ocio que la ciencia le ha ganado para vivir sabia y agradablemente bien.

Las similitudes de ahora con los años previos a la Segunda Guerra Mundial son muy potentes, pero también lo son las diferencias. El historiador británico Richard J. Overy ha descrito con maestría el pastoso ambiente de crisis que se extendió en aquel tiempo sombrío, la amplia variedad y escala de las revueltas y conflictos, y la aguda sensación que abrigan tantos ciudadanos —al revés que en los prolegómenos de la Primera Guerra Mundial— de estar viviendo en una época de transición caótica y peligrosa en la que lo antiguo no acababa de morir y lo nuevo no terminaba de llegar. Las numerosas crisis y estallidos que se superpusieron provocaron una verdadera crisis moral. «En la década de los treinta —escribe Overy— las esperanzas optimistas de los años de la posguerra acerca de la restauración de la paz social y de la justicia internacional ya habían cedido paso a un sentimiento generalizado de malestar profundo, un reconocimiento angustiado de que el mundo se hallaba en una coyuntura crucial».

El escritor George Orwell, en su libro *Subir a por aire*, del año 1939, dice a través de su narrador: «Millones de otros como yo tienen la sensación de que el mundo va mal. Pueden sentir que las cosas se derrumban y crujen bajo sus pies». ¿No resulta muy familiar en la actualidad esa sensación de malestar? Hoy se combinan situaciones como la xenofobia y el racismo; las migraciones de millones de personas que huyen de la muerte y el hambre; guerras espantosas como la de Siria, desarrolladas a los ojos de todo el mundo, en la que hay ciudades como Alepo cuyos niveles de destrucción por las bombas semejan a algunas europeas en los años cuarenta o al sitio de Leningrado; golpes de Estado como los de Turquía, a la puerta del viejo continente; socialización del sufrimiento a través del terrorismo indiscriminado en lugares como Estados Unidos, Francia, Italia, España, Alemania y la mayor parte de los países árabes; crecimiento de la extrema derecha y asimilación de algunas de sus ideas más peligrosas y excluyentes por las fuerzas políticas del centro del sistema, de lo cual lo que representa Donald Trump al frente del país más poderoso de la tierra es el desiderátum; abandono de la zona europea —que se consideró durante mucho tiempo la zona más avanzada de la humanidad por su combinación de libertades cívicas y protección social— por parte de alguno de sus países más grandes... Hay analistas que han significado que la decisión del Reino Unido de votar a favor de salir de la Unión Europea (el *brexit*) se asemeja mucho a la de renunciar, presa del pánico, al patrón oro en septiembre de 1931 (el Reino Unido se convirtió en la primera potencia en renunciar al sistema económico vigente en la época). Aquel trasfondo anímico de democracias débiles y

poco apoyadas por sus ciudadanos, depresión económica y crisis bancaria tiene bastantes analogías con la situación actual, así como el hecho de que los dirigentes de los años treinta abogaran por el desempleo masivo como una medida de presión, como una variable de ajuste para bajar los sueldos, lo que generó el ambiente propicio para que la situación explotara.

La principal diferencia entre la década de los treinta del siglo pasado y la actual es, para bien y para mal, la globalización. Se debate su profundidad y la forma de gobernarla, el hecho de su deformidad cuando avanza mucho más en el terreno de la economía que en el de la política o en los derechos humanos, que no haya sido capaz de domeñar el problema global más urgente y peligroso para el conjunto de la humanidad, el cambio climático... , pero incluso los más críticos con ella son conscientes de que una vuelta a la autarquía sería una especie de suicidio del mundo.

También existen otros instrumentos que no existían en los años treinta: un Estado de Bienestar que sirve de colchón para las dificultades, que funciona en amplias zonas del mundo y que sirve de referencia para los países que no disponen de él; el concepto de derechos humanos universales e inalienables (con la Declaración Universal de 1948); o centenares de millones de personas con un nivel de instrucción inimaginable en aquellos años.

La primera brecha que ha creado la crisis económica es la generacional. Los jóvenes son, con mucho, los que más han sufrido durante estos años los estragos de la crisis: el paro, la precarización, el *apartheid* salarial, la emigración para sobrevivir o, en el menos malo de los casos, para poder

aplicar los conocimientos adquiridos, la mayor parte de las veces con dinero público, etcétera. Y como consecuencia de todo ello, la quiebra de sus expectativas de futuro, materiales o emocionales, que es la herida más lacerante de estos años bárbaros. El menosprecio por la juventud ha tenido como consecuencia una distribución desproporcionada en su contra de los costes de la crisis, lo que ha empujado a los componentes de esas cohortes de edad, en muchos casos, hacia los extremos de la sociedad: marginación e incluso exclusión.

Generaciones *boomerang*

Ha sido probablemente este sufrimiento, y la humillación correspondiente, el que ha arrastrado a una parte significativa de los jóvenes a las actitudes rebeldes de indignación y, como colofón, a la crisis de representación política que padecen nuestras sociedades. Desde Mayo de 1968 los jóvenes no habían sido, tanto como ahora, los actores fundamentales de los cambios políticos. Las aspiraciones de los jóvenes y las del resto de la población son, en estos momentos, distintas, aunque ello no haya significado, afortunadamente, una guerra de generaciones.

En la campaña electoral para ser presidente de Francia, en el año 2012, el socialista François Hollande declaró: «Si soy el próximo presidente, quiero ser evaluado por un único criterio: ¿viven los jóvenes mejor en 2017 que en 2012? Pido ser juzgado solo sobre ese compromiso, sobre esa verdad, sobre esa promesa». A punto de terminar ese mandato, la historia no juzgará de modo favorable a Hollande según la nor-

ma que él mismo estableció. Ha sido una catástrofe. Muy pronto olvidó las líneas rojas que él mismo estableció para sí mismo y sus gobiernos.

Según un estudio de Myword, que hace estudios demoscópicos por Internet, seis de cada diez jóvenes españoles creen que en el futuro tendrán una situación económica peor que la de sus padres. Ese futuro, ya lo hemos dicho, ya ha llegado y no es meramente una impresión, sino una realidad. La directora de esa empresa, la socióloga Belén Barreiro, coincide en que los daños de la crisis han tenido graves consecuencias para el conjunto de la sociedad, pero especialmente para las generaciones más jóvenes; una de las más preocupantes es la caída de la confianza social. En 2015, el 39 por ciento de los *millennials* españoles decía confiar poco o nada en los demás mientras que entre los de más de cincuenta y seis años la desconfianza no pasaba del 23 por ciento. «Las series históricas del Centro de Investigaciones Sociológicas corroboran que, en el pasado, otras generaciones de jóvenes no han sido más desconfiadas que sus mayores. Es el joven que ha vivido la Gran Recesión el único que muestra patrones de desconfianza muy superiores a los de otras cohortes de edad», escribe Barreiro, para quien la falta de confianza interpersonal se agudiza, además, entre aquellos que viven situaciones más vulnerables. De la falta de confianza interpersonal o de capital social nace el recelo que muestran los jóvenes ante la política tradicional (como también ante las grandes empresas y marcas). La herida que les ha causado la crisis los empuja a mirar en otras direcciones, en busca de nuevos referentes, que no se parezcan en nada a aquellos que tuvieron sus padres.

La política tradicional. Dos años antes del descubrimiento de un partido nuevo como Podemos por parte de un buen puñado de electores jóvenes, sobre todo, en las elecciones al Parlamento Europeo de 2014, o de que otro pequeño partido como Ciudadanos saliese de su reducto catalán, Barreiro escribía un artículo de ficción científica, premonitorio de lo que iba a ocurrir más adelante, titulado «Regreso del futuro». Releerlo con los ojos de hoy da una idea bastante exacta de lo que parecía irremediable. Merece la pena reproducirlo en gran parte aunque sea un poco largo:

Domingo, 21 de junio de 2016. No hace ni una hora del anuncio por parte del portavoz del Gobierno de los resultados de las elecciones. Los pronósticos de los últimos meses se confirman: nos convertimos en el quinto país europeo que pone fin a su tradicional sistema de partidos. El propio ministro portavoz así lo ha expresado: «Hoy, tras la legislatura más turbulenta de la historia de nuestra democracia, el bipartidismo, tal y como los hemos conocido en las últimas décadas, toca a su fin [...]. Los conservadores han resistido algo mejor que los socialdemócratas. Juntos, en todo caso, no suman más que un 38 por ciento del voto».

El Partido Radical nace de dos fracturas. La primera, la que se produjo entre quienes gozan de una vivienda en propiedad y un trabajo estable, y quienes, por haber nacido más tarde, han visto usurpados una parte de los derechos sociales que sí tenían sus padres. La fractura, por tanto, es aparentemente generacional. En la práctica, sin embargo, la fuente del conflicto no es la edad, sino los derechos asociados a la

misma. Resulta llamativo que ninguno de los partidos tradicionales haya entendido a tiempo la magnitud de esta nueva fractura social. No es casualidad que los radicales, por lo que indican las encuestas preelectorales, se hayan situado a distancias de alrededor de los 20 puntos porcentuales respecto a esos partidos entre los jóvenes. La segunda fractura tiene, en gran medida, su origen en la crisis institucional que ha convivido con la recesión económica en estos últimos años. Una larga lista de escándalos y errores ha ido salpicando a casi todas las instituciones de la democracia, forjando en la ciudadanía la imagen de una sociedad dividida entre un grupúsculo de privilegiados y una masa de personas que se han ido despertando cada día con nuevas y mayores dificultades.

[...]

La crisis de confianza en las instituciones también ha afectado a la UE, que no ha caído en prácticas corruptas, pero sí en políticas equivocadas. En estos años se ha reducido drásticamente el europeísmo de los ciudadanos, que creen que la UE ha abdicado del proyecto solidario con el que nació. La imposición por parte de los países acreedores de un programa de medidas que ha hundido en poco tiempo a muchos hogares de los países deudores está en el origen del antieuropeísmo que, como una plaga, se ha extendido dentro de nuestras fronteras. No es la Europa que los ciudadanos quieren.

[...]

Son las dos fracturas, la generacional y la de origen institucional (ya sea por malas prácticas de las instituciones o por políticas erróneas), las que explican lo sucedido el 21 de ju-

nio. Al Partido Radical se han sumado muchas de las personas nacidas después de 1970, que piensan que nadie les ha ayudado a superar los obstáculos que les impiden elegir su propia vida. Y al Partido Radical se han unido también todos aquellos que creen que, con urgencia, se debe hacer frente a la enorme desigualdad de hoy en día. Es el inmovilismo o los tuteos a la hora de afrontar estas dos fracturas sociales los que han terminado por engullir a los partidos tradicionales.

Pero aún es 2012. Y esto es España. El Partido Radical no ha nacido. De haberlo hecho podría haber adoptado una identidad mucho menos atractiva y bastante más peligrosa. El nombre podría haber sido Unión Nacional. Aún es 2012. Hay tiempo para reaccionar. Es urgente, creo yo, hacerlo.

Sustitúyase Partido Radical por Podemos en ese texto sa-gaz, que preanunciaba casi exactamente lo que iba a ocurrir con la desconfianza de los jóvenes ante la política tradicional.

Y ante Europa. Una de las paradojas más sorprendentes que podemos percibir en nuestros días es que el optimismo (muy relativo optimismo), el europeísmo militante es cosa de los mayores de edad que tienen en cuenta siempre de dónde se parte y adónde se llega; y el pesimismo, el escepticismo o la negatividad provienen de los más jóvenes, que desconfían de la Europa de hoy, de la que no surgen más que exigencias de sacrificios para ellos y para la mayoría, y desatención frente a un asunto tan central de derechos humanos como es la llegada de centenares de miles de refugiados vulnerables. Para las nuevas generaciones europeas las dos guerras mundiales están a la misma distancia histórica que la guerra francoprusiana o la

guerra de Cuba para las generaciones nacidas en la mitad del siglo xx. La paz y la prosperidad son datos de la realidad, no objetivos que haya que conseguir a fuerza de tensiones de todo tipo, a veces muy incómodas. Esos objetivos están satisfechos. Los hijos del sueño europeísta son la gente madura mientras que a los hijos o los nietos de los primeros lo mejor que se les presenta (a veces lo único bueno) son los programas Erasmus, por los que se facilita la movilidad académica de los estudiantes y profesores universitarios dentro de los Estados miembros del Espacio Económico Europeo, o la posibilidad de trabajar en mejores condiciones que en el país en el que nacieron.

Como consecuencia de ello los jóvenes buscan referentes distintos a los de sus antecesores, no solo en la política, sino en las formas de vida. Por otra parte, la revolución tecnológica (Internet) los ha dotado de herramientas para difundir sus frustraciones y para compartir identidades: son «los jóvenes», *my generation*, como cantaban The Who. Los jóvenes como sujeto colectivo. Así, dice Barreiro que la pregunta habitual que habría que hacerse no sería, como hasta hace poco, qué les pasa a los jóvenes, sino qué se les ha hecho o qué les hemos hecho. Y la respuesta es clara: a muchos se les ha privado de las oportunidades que deberían haber tenido. Se les ha arrebatado el derecho a vivir una vida propia, independiente, y a tomar sus decisiones, obligándolos a aceptar, en el mejor de los casos, cualquier empleo, a trabajar a cualquier precio, a estudiar lo que el mercado laboral dicta y no aquello por lo que tenían vocación, a volver una y otra vez al hogar paterno o materno (generaciones *boomerang*) ocultando su frustración. Esta es la principal herencia de la crisis, la pesadilla recurrente de la crisis.

Los datos de España son demoledores: los conceptos de «empleo» y «juvenil» van unidos en una extraña transustanciación. Hagamos una fotografía estática pero representativa. Según la Oficina de Estadísticas de la UE (Eurostat), a mediados del año 2016 la tasa de paro juvenil era en España del 45 por ciento (solo superada por Grecia, con un 48,9 por ciento, siendo la media de la UE del 19,4 por ciento). Si se desciende más al detalle, la tasa de paro juvenil de larga duración (parados que llevan doce meses como mínimo buscando empleo) era en nuestro país del 39,2 por ciento, y la de los trabajadores jóvenes temporales, del 71,3 por ciento del total, lo que da idea del tipo y calidad del empleo al que están abocados los jóvenes. Según el Servicio de Empleo Público (SEPE), el 92,5 por ciento de las nuevas contrataciones realizadas a jóvenes de dieciséis a veintinueve años fueron de carácter temporal, y los contratos indefinidos solo representaron el 7,5 por ciento. Si se habla de sobrecualificación, el 56,6 por ciento de los jóvenes desempeña trabajos por cuenta ajena inferiores a su cualificación profesional.

La calidad del puesto de trabajo no tiene nada que ver con el que existía antes de la crisis y de las reformas laborales aprobadas. Se han multiplicado la precarización, la reducción de sueldos y la proliferación de autónomos (verdaderos y falsos): el autoempleo, disfrazado tantas veces bajo el forzado concepto del emprendimiento, que tanta propaganda exhala. En un reportaje publicado en el periódico *El Mundo* y titulado «España, camino de convertirse en un país de camareros», su autor, el periodista Francisco Núñez, relataba lo siguiente: nuestro país se está convirtiendo en un país de camareros porque este es

el sector en el que más prolifera la temporalidad, la rotación de contratos y los bajos sueldos; en él se han refugiado los excedentes laborales que salieron de la construcción y los licenciados que esperan una oportunidad, mientras dudan si emprenden la huida a otros países. Hay más afiliados a la hostelería (bares, restaurantes y hoteles) de los que había antes de la crisis.

A continuación están los cientos de miles que se han visto forzados a emigrar, con dos tipos de costes: para el país, el de tener que prescindir de su talento, tras haber pagado en buena parte su educación, y el de su contribución para financiar el Estado de Bienestar y las jubilaciones de sus mayores. Para ellos, el del desarraigo obligado, no voluntario, de los suyos, con todas las consecuencias económicas y sentimentales que se quieran añadir. Lo que la ministra de Empleo, Fátima Báñez, denominó en 2013, en un alarde de desfachatez, la «movilidad exterior». El paro y la emigración son la parte más visible del maltrato generacional y preanuncia otros maltratos aún más lacerantes como son el riesgo de pobreza y exclusión: un 38,2 por ciento de las personas entre los 16 y los 29 años se encuentra bajo el umbral de pobreza, según el Observatorio de Emancipación 2016 del Consejo de la Juventud de España. Conviene aclarar que el riesgo o el umbral de pobreza es una medida relativa que no significa lo mismo en Suiza que en Sudán del Sur. El umbral bajo el que se está en riesgo de pobreza coincide con el 60 por ciento de la renta mediana (aquel punto de la distribución por debajo del cual está la mitad de la población). Se considera que, por debajo de ese 60 por ciento, el joven está en riesgo de pobreza, pero esa renta mediana es distinta en un sitio que en otro.

Si los conceptos de «paro» y «juventud» van inextricablemente unidos, también lo están los de juventud y vivienda. Según la misma fuente, una persona joven debería destinar el 60,9 por ciento de su salario para poder adquirir una casa en propiedad; debería cobrar 4,2 veces su salario solo para hacer frente al importe de la entrada de una vivienda en régimen de compraventa, y la superficie máxima de compra a la que podría aspirar es de 49,2 metros cuadrados. El fuerte incremento de los alquileres también restringe la viabilidad de esta alternativa: alquilar una vivienda libre significaría para un joven que trabaja el 68,6 por ciento de su salario neto. Por tanto, es más caro para ellos alquilar que comprar, pero en los dos casos se exige un esfuerzo ímprobo por el obstáculo de no tener ingresos suficientes, ya que los contratos laborales de los que tienen un puesto de trabajo suelen estar marcados por la temporalidad, la precariedad y la escasa capacidad de ahorro. La solución a esta inestabilidad es, en muchos casos, la de compartir piso, pero el precio medio de la habitación en alquiler había subido en 2016 un 22,5 por ciento respecto a un año antes, según el portal *pisos.com*.

Otro artículo del mismo diario, firmado por Natalia Jiménez y titulado expresivamente «España no es país para jóvenes», indicaba que el 80 por ciento de los menores de treinta años no consigue salir de casa de sus padres; la mayoría de los que sí lo lograron, un 85 por ciento, no pudo hacerlo en solitario, sino compartiendo alojamiento. El empleo y la vivienda son los dos factores clave para que una persona joven inicie el tránsito a una vida adulta, y sin embargo, vivir con los padres es, en muchas ocasiones, la única estrategia

que tienen, a pesar de que a veces se les pretenda culpabilizar por ello. Según el citado reportaje, entre los años 1985 y 2000, el gasto en tercera edad en España fue 34 veces superior al de la infancia, juventud y educación, lo que es una anomalía a nivel mundial. En toda la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), que agrupa a los 35 países más ricos del mundo —algo así como el 80 por ciento de la riqueza planetaria—, no hay ningún país en el que el gasto en tercera edad sea más de diez veces superior al de juventud e infancia.

Un niño se hace adulto cuando se convierte en un ser económicamente independiente, se emancipa y forma su propia familia, dice la periodista Irene Hernández Velasco («Ser niño es cosa de adultos», *El Mundo*); una práctica que se ha tambaleado con la crisis y los nuevos estilos de vida que esta ha implantado. Los jóvenes españoles de hoy se hacen adultos seis años más tarde de lo que lo hacían en 2008: otros seis años para dejar de vivir en casa de mamá y de papá, para fundar su propio hogar, para conseguir un trabajo que les proporcione independencia financiera. Ese es el calibre del retroceso. La autora cita al sociólogo e investigador del Centro de Estudios Demográficos de Cataluña Pau Mirat, quien confirma el dato de los seis años más: «El 65 por ciento de los varones y el 51 por ciento de las mujeres entre veinticinco y veintinueve años vive con sus padres, y en el grupo de edad entre los veinte y los veinticuatro el porcentaje se dispara al 89 por ciento en el caso de ellos y al 84 en el caso de ellas, según el último censo de 2011». Hacerse adulto a una edad más tardía pasa factura; no solo constituye una fuente de infelicidad y de frustración para

muchos jóvenes, sino que puede ser también un problema social. Según este sociólogo, no haberse emancipado a tiempo, no haber tenido que lidiar con situaciones de conflicto como las que se producen al convivir fuera del hogar de los padres, les dificulta el día de mañana a la hora de asumir momentos críticos como puede ser un divorcio o quedarse en paro. Otra socióloga de la Universidad de Valladolid, Almudena Moreno, explica que retrasar la entrada en la edad adulta supone diferir la asunción de responsabilidades: «Ser responsable supone contricción, una obligación. Los jóvenes de hoy desean vivir el momento sin planificar de modo lineal el futuro (estudio-trabajo-me caso-tengo hijos-me compro una casa)».

Los jóvenes de hoy representan en alguna medida un caso contrario a sus padres; los chavales de la posguerra se vieron abocados a una juventud muy breve, ya que las circunstancias les exigieron vivir deprisa, hacerse adultos con rapidez, ponerse a trabajar cuanto antes y casarse pronto. Sin embargo, aquellas generaciones disfrutaron durante su maduración hacia la condición de adultos de las ventajas de la mejora económica y de un nivel de vida creciente, lo contrario de los jóvenes de hoy: los adolescentes actuales han tenido en general una adolescencia bastante fácil, se criaron sin grandes preocupaciones económicas, y de pronto llegó la Gran Recesión, a la que no supieron responder por falta de experiencia ante ese tipo de tsunamis sociales. Como consecuencia tienen dificultades para penetrar en el mundo adulto. El sistema les está fallando, el Estado y el mercado no los atienden como debieran, no existen políticas activas eficaces que los ayuden a emanciparse, la mitad está en paro y la otra

mitad forma parte del precariado más doloroso... La única institución que les queda es la familia.

Un psicólogo de la Universidad Clark de Massachusetts, Jeffrey Arnett, los ha definido como «adultos emergentes», gente entre los dieciocho y los cuarenta años que no son ni adolescentes ni adultos, sino algo a medio camino; personas que para crecer se toman más tiempo del que dispusieron sus antecesores, y que se caracterizan por la interiorización de su propia identidad, la inestabilidad y la focalización en ellos mismos. Una especie de complejo de Peter Pan.